

BIBLIOGRAFÍA

de *indeterminación* que son inherentes al *comportamiento ondulatorio*, siguiendo en este caso el cálculo de probabilidades *subjetivas* meramente *estadísticas*, sin que ninguno de ambos tipos de cálculo se excluyan entre sí.

4) La ciencia y la *metafísica* deben admitir un *principio de tolerancia* recíproca cada vez más abierto. No cabe separarlos por el grado o tipo de conocimiento, al modo por ejemplo de Popper, como si lo *objetivo* y lo *subjetivo* fueran incompatibles. Tampoco en razón de los *objetos formales*, al modo por ejemplo de Maritain, como si fueran diferentes sus respectivos *grados de abstracción*. A lo sumo sólo cabe establecer una separación en razón del *objeto material*, según se consideren *todos* los fenómenos naturales en su conjunto, o sólo *algunos* en particular (p. 65). Por ejemplo, cuando se distingue lo *físico* respecto de lo *biológico*, o incluso lo *psíquico*, como ahora se nos promete para una segunda parte, titulada: *Universo y vida*. Pero en cualquier caso la filosofía de la naturaleza debe seguir aportando las *claves interpretativas* del conocimiento del universo físico, al menos mientras las paradojas y contradicciones sigan siendo el paso obligado en la delimitación de los distintos *niveles de racionalidad* inherentes al *mundo natural*.

Carlos Ortiz de Landázuri

Falgueras, Ignacio: *Esbozo de una Filosofía Trascendental* (I), Cuadernos de Anuario Filosófico, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1996, 93 págs.

El pensamiento débil no ha arrasado por completo la filosofía actual. Aún sigue habiendo filósofos reacios a desistir de la tarea de pensar que se empeñan con denuedo en investigar lo último. Ignacio Falgueras da con su pensar vigoroso una prueba irrefutable de la recia fortaleza del filosofar profundo. Y su último trabajo demuestra palmariamente hasta qué remotos fines llega el pensamiento humano usado con maestría. El conocimiento humano, llevado como es debido, con rigor y congruencia, alcanza las realidades más altas y excelentes llamadas trascendentales.

Si yo debiera juzgar con una sola palabra esta obra de Falgueras, elegiría «congruencia». Su contenido sagaz –inteligente y profundo– es como una sinfonía. Todo armoniza, concuerda, se halla en

BIBLIOGRAFÍA

correspondencia. Así suele proceder el pensador sistemático: creando un saber entero, no una teoría a retazos. El uso que hace Falgueras de la voz «trascendental», tan traída y tan llevada desde hace varias centurias, es el primer testimonio de proceder congruente. Innumerables filósofos se han acogido al prestigio del giro «trascendental». Kant, que llama trascendental a aquella filosofía que más que de los objetos se interesa sobre todo del modo de conocerlos, es uno de los primeros. Y después le siguen Fichte, Schelling, Hegel, Husserl, Heidegger y Jaspers. Pero ninguno de ellos emplea «trascendental» de manera congruente. En ninguno significa, o tiene por referente, lo que la palabra expresa: realidades trascendentes. Los trascendentales modernos no son totalmente inválidos. Pero tampoco consiguen alcanzar la congruencia. Falgueras ve sus aciertos, los valora y reconoce. Pero denuncia, asimismo, sus faltas e insuficiencias. Quiere ponerles remedio yendo más lejos aún que el pensamiento moderno. La filosofía trascendental que haga justicia a su nombre no puede ser más que esto: *búsqueda pura de las realidades últimas, plurales y relacionales* (p. 12).

Ya está perfilado el tema. Ahora hay que abordarlo bien: con el método adecuado. Este es un nuevo problema que requiere congruencia. El método filosófico, para acceder a su tema, ha de estar en armonía o en congruencia con él. Si no, es un falso camino que nos lleva a cualquier parte, no adonde queremos ir. Cuando se quiere acceder a las realidades últimas, trascendentes y plurales, el método ha de ser plural. Los métodos requeridos, como demanda su tema, serán modos de proceder distintos y, a la vez, relacionados. La primera vía de acceso al orbe trascendental consiste, sumariamente, en trascender lo objetivo. La segunda, que es la vía antropológica que San Agustín abriera, en trascenderse a sí mismo. Se logra por esta vía el autotrascendimiento. La primera vía es la griega, o la vía metafísica, la segunda agustiniana, o también antropológica, que los grandes medievales, como San Alberto Magno o Santo Tomás de Aquino, quisieron sintetizar. En nuestros días un filósofo, un pensador grande y hondo, ha proseguido las dos y ha logrado mejorarlas. El autor de la propuesta, que continúa en la línea del trascender metódico buscando cómo lograrlo de manera indiscutible, es Leonardo Polo. A su innovación metódica, el abandono del límite mental o abandono de la objetividad, se adhiere Ignacio Falgueras. E, incluso, la continúa con una propuesta nueva: el abandono metódico del entendimiento agente (p. 17).

BIBLIOGRAFÍA

¿Y la exposición del tema? ¿Cómo presenta Falgueras su original pensamiento? De manera congruente. El lector que no se arredre ante la filosofía de altura ni ante el pensar a lo grande descubrirá en esta obra, a pesar de lo intrincado del asunto que investiga, una exposición didáctica: “como es congruente con una presentación esquemática del ámbito de los trascendentales” (p. 18). Casi un cuarto de la obra se dedica a ese propósito. En primer lugar se expone los rasgos preliminares de los trascendentales (pp. 19-29). Después sus características constitutivas. Los trascendentales son “actos prístinos, irreductibles, perfectos, irrestrictos y comunicables” (p. 35). Todos tienen el mismo rango real, son compatibles y están mutuamente relacionados. ¿Y, en concreto, cuáles son? Los trascendentales últimos, reales, por antonomasia, son ser, entender y amar. Ser es el acto que corresponde al ente, entender el que corresponde al entendimiento y amar el que corresponde a la voluntad. Así termina la búsqueda. Hemos encontrado ya las realidades buscadas. Sólo queda describirlas. El capítulo tercero (pp. 43-87), el más extenso y profundo, en el que el lector alcanza la cima del pensamiento, allí donde se descubren las realidades más altas, acomete la tarea. El ser incondicional es acto. El acto de ser es vida: vida perfecta e insondable. El ser trascendental es acto libre perfecto y primero. Es lo más profundo e íntimo de la realidad. Lo primero, primaria y originariamente real: es principio sin principio. La libertad del acto de ser trascendental –absoluta, originaria– es iniciativa pura. El acto de entender es distinto del acto de ser. No es primero como acto, ya que sin acto de ser no se manifiesta nada ni hay alteridad alguna. El entender debe ser considerado “acto de acto” (p. 50). Ser acto de acto indica, en un plano trascendental, que el entender es relativo al ser. Es manifestación y es nueva. Es una noticia nueva de manera muy precisa: no es nueva respecto de lo que transmite, “sino en cuanto que manifiesta primera y prístinamente lo real” (p. 51). Aunque sea un acto de acto, no es acto repetitivo, sino un acto distinto y nuevo que aporta la alteridad como manifestación. Tampoco deja de ser un acto originario. Su novedad no es copiada, ni es novedad añadida: es prístina y original. Y su actividad de hacerse otro es una libertad nueva: es un olvido de sí, ocuparse de su origen, exhibir su alteridad. Entender es *acoger al ser haciéndolo lucir* (p. 53). El entender inaugura, junto con el acto de ser, la comunidad originaria. Amar es, por último, acto de dos actos. “El acto de amar es el acto común o la *comuni3n*” (p. 66).

De manera muy sucinta –queda al lector abismarse en las honduras te3ricas de este trabajo admirable–, estos son los resultados de la

BIBLIOGRAFÍA

inteligencia humana. Hasta aquí puede llegar trascendiéndose a sí misma. Pero cabe completar estos hallazgos soberbios dejando que el intelecto se guíe por los trascendentales, no por sus propios indicios. Y esto no sólo es posible, sino también razonable, porque los trascendentales, que son reales y libres, pueden tomar la iniciativa respecto de nuestro intelecto. Así es como llega el autor a la mayor congruencia: “Es real y racionalmente posible la existencia de una *revelación*” (p. 45). La revelación permite nuevas averiguaciones. Por revelación sabemos que el acto de ser originario, del que la inteligencia ya dice que es vida, perfección y libertad, es Persona y también Padre. Y, asimismo, nos enseña que el entender es Palabra, y la Palabra es Persona, es Hijo y se ha hecho hombre (p. 55). Finalmente, nos ofrece noticias liberadoras sobre el amor, que ni los griegos ni Kant ni otros muchos pensadores estimaron acto puro ni realidad trascendental. En concreto nos enseña algo grande e inaudito: que Dios es amor.

José Luis del Barco

Fölsing, Albrecht: *Albert Einstein. Eine Biographie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995, 959 págs.

Las siete partes de esta biografía describen las facetas más destacadas de Einstein (1879-1955) cuarenta años después de su muerte: la dimensión humana, científica, académica, filosófica, el salto a la fama, la consolidación de un arquetipo, o las paradojas de un pacifista combativo. Con este fin Fölsing ha hecho un acopio minucioso de una documentación exhaustiva a partir de todas las fuentes de información disponibles, especialmente los diarios y correspondencia de los protagonistas más representativos, junto a otros testimonios de la época. Se logra así una reconstrucción polifacética de lo que el fenómeno Einstein sigue aun suponiendo para nuestro actual imaginario colectivo, con las siguientes aportaciones principales: 1) Describe la vida azarosa e inquieta de un joven con fuerte carácter en un medio hostil con sucesivos traslados entre Ulm, Munich, Pavia, Zürich, Aarau y de nuevo Zürich, Berna y después Berlín, con descubrimientos aparentemente simples, pero a la larga no menos asombrosos: el compás, el ortocentro del triángulo, la doble perspectiva plana y curva de la superficie oval; así como frecuentes desengaños: su huida del Gymnasium de Munich sin acabar los estudios por miedo al fracaso; el suspenso inicial y el paso